

Amadísimos fieles

Como recordábamos en la última plática el primer mandamiento de la ley de Dios está expresado en estas frases, en estas dos frases completas y significativas ambas: "Yo soy el Señor Dios tuyo. No tendrás dioses extraños fuera de mí". Así lo esculpió Dios en las tablas de piedra que entregó a Moisés. Jesucristo se expresó en los mismos términos. La Iglesia lo ha sintetizado en otra frase igualmente expresiva. Amar a Dios sobre todas las cosas. Y este mandamiento juntamente con el de amar al prójimo es la síntesis de todo el código cristiano. Es la fuente de toda la vida cristiana. En su cumplimiento o incumplimiento se resume toda la vida moral del cristiano.

Sin embargo la inmensa mayoría tenemos la sensación de que este mandamiento no debe ser tan importante. Cuando menos parece el menos embarazoso... el más fácil... el menos comprometedor. Muy pocos tenemos conciencia de faltar contra el mismo. Acaso nos dan bastante que hacer el segundo... el tercero... mucho el sexto... ¿Qué revela todo esto?

Todo esto revela, no que es fácil ni que realmente se cumple sino que se ignora el contenido del mismo. Ignoramos el contenido del primer mandamiento y por eso no encontramos nada contra el mismo.

Yo soy el Señor tu Dios... antes que esculpiera el Señor en piedra ya lo había esculpido en el corazón de los hombres. El eco de este imperio del Señor sigue resonando en todos los corazones de los hombres que vienen al mundo. No hay hombre que merezca ser considerado como hombre, no hay hombre que tenga una pizca de dignidad que no sienta allí en el fondo de su corazón un anhelo, una inquietud, una ansia que le está reclamando, que está pugnando para que el hombre reconozca Dios. Esta inquietud que se encuentra en todo hombre es lo que le indujo a Tertuliano a decir que todo hombre es religioso. Es este anhelo el que le saca al hombre fuera de sí y le proyecta en busca de Dios. Todos los hombres experimentan en sí aquel proceso que Hettlinger atribuyera a San Agustín en aquella escena que describe a la orilla del mar cuando Agustín contempla a las criaturas todas... el mar... las estrellas... el cielo... los espíritus y pregunta a cada uno de ellos si son Dios y le contestan que debe buscarle un poco más arriba que todas ellas.... En efecto cuando le encontró es cuando descansó su alma y su corazón.

He aquí el primer deber que nos impone el primer mandamiento... el buscar y conocer a Dios, a Jesucristo, a la Iglesia. Un análisis sincero de nosotros mismos nos descubre que somos contingentes, que somos pero de tal forma que pudieramos haber dejado de existir sin que por ello nada se turbara...

Pero para que esta búsqueda de Dios no quede en una simple inquietud y anhelo que al no tener objeto sobre el que versar se ahogue y se esfume, tienen que tener su expresión en el estudio y el conocimiento de Dios, de la Religión, de Jesucristo y de su Iglesia.

Y nosotros vivimos tan campantes con unos conocimientos tan elementales y tan rudimentarios... aquellos que nos colgaron el catecismo... Cuantos incluso hemos llegado ya a olvidar lo poco que pudimos aprender entonces... cuanto ignoramos hasta las mismas oraciones más corrientes.

No tendrás dioses extraños.... vaya si los tenemos... son el deporte, son la política, son las diversiones, son los negocios... son en fin todas y cada una de esas cosas que absorben nuestra vida y nos impiden que dediquemos un poco de atención a Dios, a estas cosas de religión, a estos estudios....